

Semblanza

Semblanza de vida como homenaje a nuestra fundadora:

La Dra. Leticia Brambila López

Hoy necesitamos dedicar un espacio especial dentro de ésta publicación para brindar un sencillo homenaje de reconocimiento y agradecimiento a quien tuvo la idea de crear la Revista Ixaya, la Dra. Leticia Brambila López, quien dejó huella en muchos de nosotros además de un legado que debemos cuidar y seguir compartiendo.

Aquí una semblanza de su vida desde la pluma de quien fuera su compañero de vida: Juan.

A Leti le bautizaron como Leticia, su papá Martin Brambila y su mamá María Simona López. Su nombre significa “alegría” o “felicidad”. En su caso, su nombre no fue necesariamente marca de su personalidad sino de su vida interior. Su alegría vibró al mínimo estímulo de la vida. Fueron las cosas sencillas las que le dieron plenitud. Esa fue una de sus riquezas. Nunca tuvo frustración por la carencia de lo dorado y lo brillante, por el contrario, cuando lo tuvo le restó importancia. Sus ojos complotaron con su sonrisa para iluminar a quienes la conocimos. Esa fue su firma. Esa sonrisa del millón que solo es comparable con su incommensurable dulzura.

En una familia de tres niñas, Leti fue la más chiquita. Por cosas que pasan y las edades de cada una de ellas, sus hermanas mayores -Martha y Mela, hicieron equipo y caminaron juntas por la primaria, secundaria y la prepa; por su lado, Leti “se juntaba sola” (como diría Pati –su hija, cuando no tenía una amiguita para jugar en el recreo). Sus espacios de juego fueron las escuelas y en casa creó mundos mágicos dejando volar la imaginación y deslizando lápices que dieron vida a príncipes y princesas.

En la primaria estuvo en la escuela donde su mamá era directora, pero, con el “detalle” que se trataba de una escuela de niños. Solo había dos niñas en un plantel de pequeños varoncitos. Leti recordaría cómo aprendió a jugar trompo y canicas con esos chamacos. La secundaria fue distinta. Asistió a la Secundaria 1 para Señoritas. Fue una jovencita de fácil aprendizaje, aunque siempre le batalló con las matemáticas. En esa época Leti disfrutó la jovialidad de la adolescencia, el deporte, la algarabía locuaz del grupo y el estudio; aunque tuvo que soportar la amorosa omnipresencia de su mamá quien –también maestra de esa escuela, siempre fue una vigilante pertinaz. Si algo le hubiera gustado cambiar de esa época, es que su relación con su mamá hubiera sido –sí, amorosa como fue, pero un poco más distante. Un poco menos sofocante. Sale de la secundaria y se inscribe al mismo tiempo a la prepa 1. No se sabe bien cómo le hizo pero antes de entrar a la Facultad de Derecho ya había cursado la licenciatura en artes plásticas y la Escuela Normal de Jalisco. Su paso por la escuela de pintura le puso en contacto con pintores que para ella eran gigantes, como Tomas Coffeen, Jorge Martínez pero, sobre todo, don Alfonso Lara Gallardo a quien tanto admiró por su talento y bonhomía casi monacal. En esos patios, aulas y pasillos cultivó el don del dibujo y la pintura, que nunca abandonó. Periódicamente iba a los pinceles y por un tiempo fue activa expositora de la Glorieta Chapalita donde logró vender parte de su obra.

Trabajó desde los 16 años. A esa edad estuvo frente a grupo en una escuela primaria, y no dejó de trabajar hasta la fecha de su jubilación. Fue maestra de la secundaria 1 para señoritas y en la Universidad de Guadalajara.

En la Facultad de Derecho se conocen Juan y Leti. Fue algo así como “amor a primera vista” –según dice Juan. Fue una estudiante popular, amiguera y solidaria con sus compañeros, quienes le apreciaron por su trato dulce y sincero. Tuvo muy buenas calificaciones y se recibió de abogada. Para ese entonces ya era maestra normalista, licenciada en pintura y abogada. Estudio y adquirió el grado de Maestría en Derecho Constitucional y Financiero y el Doctorado en Pedagogía.

En la Universidad de Guadalajara fue maestra en la Escuela de Trabajo Social e impartió cátedra en la maestría de Desarrollo Social. Fue precursora como docente en educación a distancia y fue directora fundadora de la Revista Ixaya, que divulga conocimiento académico en materia de desarrollo social.

Juan y Leti se casan en 1982 y tuvieron un hijo –Carlos Felipe, y dos hermosas hijas –Alma Leticia y Alma Patricia. Fue en su familia donde Leti prodigó todo su amor, dulzura, ternura y comprensión. Por durante un tiempo, cuando Juan tuvo que estar fuera por razones de trabajo, Leti llevó la conducción de la casa multiplicándose para cumplir sus obligaciones laborales en la secundaria y la Universidad de Guadalajara y no dejar de asistir a sus hijos. Fueron tiempos fatigosos para ella que resolvió con trabajo, disciplina y mucho amor.

Fue una mujer de ideas. Como universitaria, maestra del sistema público de educación y estudiosa de las ciencias sociales –pero principalmente por su particular sensibilidad social, siempre tuvo empatía por los pobres. Afilió su entusiasmo político a las causas de la izquierda. En el 2006 hizo plantón en la avenida Paseo de la Reforma por el fraude electoral; y el 1º de diciembre de 2018 festejó en el zócalo capitalino la toma de protesta de Andrés Manuel López Obrador como presidente de México.

Leti disfrutaba la comida mexicana, la fruta y la pizza Margarita. Las frituras eran su debilidad: tacos dorados, tostadas y flautas.

Un hito en su vida fue la muerte de Pati –su hijita Pati–, que dejó una herida en su corazón que no cesó de supurarle dolor hasta el último día de su vida. Pati llegó a conocer el “terreno de La Primavera” pero a su corta edad trascendió y ya no conoció la casa a la que se mudaría la familia alrededor del año 2004.

Si las casas dieran felicidad, la de La Primavera fue la que Leti más disfrutó. Fue ahí donde tuvo a su familia unida. A Juan, trabajando; y a Felipe y Leti, estudiando. Vio salir de esa casa a su hija Leti para casarse con Fer y al tiempo recibir a sus nietos Mateo y Samuel. Y poco tiempo después, bendijo la unión de Felipe con Carla para hacer su vida en matrimonio y recibió a Pablo como su tercer nieto.

A sus nietos los amó entrañablemente. Abuela cariñosa, consentidora, preocupada y apapachadora. El último día antes de morir les envió el siguiente mensaje:

“DÍGANLES A LOS NIÑOS QUE LOS QUIERO MUCHO QUE SE CUIDEN Y AMEN MUCHO”.

Leti vivió el amor como un ardiente sentimiento, pero también como un motor que le impulsaba a hacer cosas, que le impulsaba a servir. Igual atendía a su familia, que pagaba una beca a una niña huérfana o llevaba juguetes y dulces a los niños enfermos en Navidad.

No dejaba de estar al pendiente de sus hermanas y sobrinos; de sus compañeras maestras; de sus amigos y amigas.

En La Primavera se hizo vecina del pueblo. Caminaba al bosque, a todas las tienditas, a la tortillería y a las fondas. Recorrió sus calles y saludó y les sonrió a todos los que se cruzaron en su camino. Pero en este pueblo, ante todo quiso mucho a sus vecinos. Se fundió en la vecindad para vivir en comunidad y darles a los vecinos lo que tenía, siempre con sencillez, generosidad y humildad.

El día 2 de agosto Leti migró su espíritu. El Señor le miró a sus ojos y sonriendo dijo su nombre. Seguro Leti le correspondió con otra enorme sonrisa... ¡Imagínense la felicidad de Leti frente a Dios!

A las palabras de Juan, se suman las expresiones de quienes acompañamos en la última etapa de la trayectoria académico-profesional de Leti en la Universidad de Guadalajara, sus amigas y compañeras del Departamento de Desarrollo Social:

“Con esa sonrisa y serenidad características en ella, anteriormente referidas, supo conjuntar las actividades del trabajo, familia y doctorado.

Su prudencia fue sobresaliente; nunca hablaba mal de otros. Cuando disentía sobre algo, con una pequeña y sabia frase, expresaba su punto de vista.

Esa prudencia revistió su enfermedad, sin quejas, con optimismo, con autocuidado, con resiliencia y con donaciones a enfermos del mismo dolor.

Amiga sensible a las necesidades, cercana y sabia en dar palabras de aliento, pero, sobre todo, en brindar una perspectiva temporal, una visión de ubicar la circunstancia en términos de eternidad...”

-Patricia de Aguinaga Vázquez-

“Mi querida maestra Lety, lo primero que me enseñó fue derecho durante mis estudios de licenciatura allá por finales de los años ochenta, cuando iba a la entonces Facultad acompañada por sus bebidas en el bambineto.

Muchos años después, nos reencontramos en el camino como compañeras docentes en la Facultad de Trabajo Social durante los cuales compartimos trabajo y recreación. Entonces me enseñó que la alegría era su firma en ambos ambientes.

A lo largo del camino pude acompañarla a vivir uno de sus más fuertes dolores: la muerte de su hijita Paty. El momento me dejó una lección de fortaleza que me dio como madre sufriente pero muy viva. Su más grande legado ha sido su testimonio de alegría; su disfrute de todos y cada uno de los momentos. Gracias a ella, ahora tengo la seguridad que la vida no termina con la muerte; la vida se vive con alegría con y por los que aquí estamos unidos, amamos y nos aman. Descansa ya su cuerpo, su alma sigue vibrando en tantas memorias compartidas. ¡Hasta siempre!”

-Claudia Ávila González-

“Leti siempre fue un ejemplo de amor, fortaleza, inteligencia, profesionalismo y una gran amiga. Ella disfrutaba la vida en cada momento. Para mí fue un ejemplo a seguir. Siempre vivirá en quienes la seguimos recordando agradecidas por tantas enseñanzas”.

-María de Jesús Camarena Cadena-

“La Maestra Leti fue un gran ejemplo para todos quienes convivimos con ella. Me quedo muy agradecida con ella por todo lo que me regaló a través de su presencia en mi vida”.

-Ana Martha Belmonte Herrera-

“De la querida Maestra Leti siempre tendré presentes algunos de sus dones y características: su alegría y sonrisa; se fortaleza y generosidad; su dedicación y entrega; pero sobre todo su gran calidad humana manifestada en el amor que nos brindaba a quienes convivíamos con ella. Gracias por sus enseñanzas y regalos, de esos que no se compran con dinero, de esos que se quedan grabados en el corazón y edifican. Hasta pronto!!!

-Berenice Barragán-